

Datos biográficos

Se vinculó a los estudios históricos desde el año de 1992 ingresando al Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Tamaulipas, donde se ha desempeñado como investigador, una labor que viene ejerciendo desde entonces.

A partir de su incorporación a esa institución ha emprendido estudios que lo llevaron a intervenir en el rescate y ordenamiento de diversos acervos documentales que forman parte del patrimonio histórico de nuestro Estado.

Ha desarrollado múltiples ensayos y un par de libros sobre historia regional divulgados localmente.

Resumen

La temática versa sobre los bienes culturales que pertenecen al pasado pero que también son del presente, conviven en nuestro presente y pueden percibirse como una especie de enlace vivo con el pasado. Resultan de importante valor testimonial para la historiografía, que requieren de una interpretación que nos introduzca en el contexto de su creación, con el objetivo de recrear su origen y devenir sin descontextualizarlos. El quehacer del historiador y de la investigación histórica, intenta reconstruir el profundo significado del patrimonio en forma fidedigna y con diversos enfoques, permitiéndonos apreciarlo y comprenderlo mejor.

El monumento histórico que sirve como hilo conductor en el texto, sin lugar a duda es apreciado como un paradigmático patrimonio tangible e intangible entre la sociedad victorense. Con el devenir de los años, se fue gestando una conciencia histórica compartida sobre su importancia como un monumento histórico local y se ha constituido, hoy por hoy, en un elemento sólido de la identificación social y del reconocimiento manifiesto de pertenencia entrañablemente a la comunidad que lo vio nacer.

Palabras clave

Significados del patrimonio cultural, Casa Filizola, Bien patrimonial, Valor testimonial, Investigación histórica, Comprender el patrimonio.

De cómo un edificio particular decimonónico se convirtió a la postre en un bien patrimonial de la colectividad victorense;

El caso paradigmático de “La Casa Filizola Hermanos” (1895-2018).¹

Enrique M. González F.

Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Autónoma de Tamaulipas

El reconocido autor argentino Julio César Labaké afirma que un tema, cualquiera que éste sea, no se instala arbitrariamente en una comunidad. Dice que cuando se abordan asuntos que están verdaderamente encarnados en el colectivo social de los pueblos, despiertan el interés por su estudio, generan controversias y son claros indicadores de algo muy importante, según puntualiza: “que han surgido del corazón mismo de la realidad”.²

Estas cortas líneas versan sobre la temática de ciertos bienes culturales que pertenecen al pasado pero que también son del presente, conviven en nuestro presente y pueden percibirse como una especie de enlace vivo con el pasado.

Resultan de gran valor testimonial para la historiografía, provocándonos una sensación de inmediatez y proximidad con generaciones lejanas. No obstante, son elementos estáticos, monumentos sin voz, que requieren de una interpretación que nos introduzca en el contexto de su creación, con el objetivo de recrear su origen y devenir sin descontextualizarlos. El quehacer del historiador y de la investigación histórica intenta reconstruir el profundo significado del patrimonio en forma fidedigna y con diversos enfoques,

¹ Trabajo presentado en el Primer Congreso de Investigación Histórica del Noreste “Dr. Álvaro Matute Aguirre”, efectuado en la Universidad Autónoma de Tamaulipas, Ciudad Victoria, Tamaulipas los días 14 y 15 de noviembre de 2018.

² Julio César Labaké, *La revolución de la sensatez*, Argentina, Ed. Aguilar, 2007.

permitiéndonos apreciarlo y comprenderlo mejor.

Néstor García Canclini, especialista en la materia, opina que debemos evitar que el patrimonio se convierta en un espectáculo. Nos enseña que el patrimonio es cosa que tiene que ver con el intelecto pero también con las emociones. Debemos analizar de fondo el sentido inmaterial del mismo y no quedarnos sólo con las fachadas, con su apariencia, sino que hemos de buscar los significados que están ocultos y desconocidos detrás de la imagen. Esta es una buena forma de conectar el patrimonio con la gente que lo practica y es así como nos invita a pensar y a sentir con sutileza nuestro propio patrimonio.³

El origen

La inauguración de la casa fue todo un acontecimiento social en la pequeña comunidad victorense de postrimerías del siglo XIX. Era entonces una ciudad de escasa población y con amplios espacios vacíos e inhabitados. Dicho evento se difundió en primera plana en uno de los rotativos más leídos de la prensa local que se distribuía en casi todo el estado. Se le describía como la “suntuosa finca propiedad de los hermanos Filizola”, haciendo alusión al notable escenario de arquitectura civil que recientemente había quedado concluido, justamente emplazado en el ombligo urbano de la prometedor capital tamaulipeca. Fue en este impecable predio recién habitado donde se llevó a cabo la inolvidable velada esa tarde-noche otoñal de 1895.⁴

Sus dueños ofrecieron para la ocasión una “espléndida” cena a los distinguidos invitados que fueron convocados al banquete de la espectacular alianza matrimonial entre el joven Juan Filizola con la señorita Juana Pier, según se consignaba extensamente en dicha reseña en la que además se narraba que “tanto el menú que se sirvió

³ “El patrimonio cultural intangible y la industrialización de la cultura”. Conferencia Magistral presentada en el Primer Encuentro Regional para el Estudio del Patrimonio Cultural realizado del 28 al 30 de octubre de 2004 en Monterrey, Nuevo León.

⁴ Enrique M. González F., *Una Victoria perdida*, Relatos de este lado del tablero, Instituto de Investigaciones Históricas, UAT, 1992, pp. 50 y 51.

(..) como los vinos que se obsequiaron, fueron en general exquisitos”. Por el amplio portón principal de la residencia fue ingresando lo más conspicuo de la sociedad tamaulipeca de su tiempo. Hizo presencia al festejo luciendo su elegante uniforme de gala, el poderoso teniente coronel Manuel González, hijo del general y expresidente mexicano del mismo nombre. Perteneciente a la crema y nata de la élite porfirista, Don Manuel había fungido en la ceremonia como uno de los padrinos de renombre y de indiscutible influencia política en el país.⁵

Por otra parte el gobernador Alejandro Prieto llegó acompañado de sus hijas; cabe destacar que entre los Filizola y don Alejandro existía una vieja amistad y camaradería de muchos años, que además se había fortalecido a través de algunos proyectos e intereses económicos que tenían en común. Y así sucesivamente fueron apareciendo en la flamante residencia, según quedaron sus nombres consignados también en la crónica citada, un grupo selecto entre los más prósperos hacendados y comerciantes de la región.⁶

La casa mostraba por vez primera sus mejores galas, la ocasión lo ameritaba, de tal manera que sus propietarios no habían escatimado en gastos para ponerla en operación y a las órdenes de sus amistades lo antes posible. Todo olía a nuevo, los materiales empleados en su construcción y los finos detalles y acabados que la complementaban proyectaban a todas luces una sólida bonanza económica. De tal manera que el bellísimo proyecto de la casa era del tamaño de la probada solvencia a que ascendían los negocios y la riqueza de sus creadores.

Para erigir el enorme edificio se había demolido la modesta vivienda que existía en su lugar, compuesta por una cuartería de adobe y techo pajizo que incluía junto un brocal de cal y canto de una noria. De hecho, este era el panorama común que prevalecía en la mayor parte de la fisonomía urbana del primer cuadro céntrico de la ciudad a finales de ese siglo. De tal manera que la solidez y considerable altura de la crujía principal con su nuevo frontispicio, destacaba e imprimía

⁵ *Ibidem.*

⁶ *Ibidem.*

un marcado contraste en relación a lo que estuvo en ese mismo espacio anteriormente, constituyéndose de facto, desde su erección, en un inmueble de gran jerarquía en el entorno urbano de su época que no pasaba inadvertido para nadie, incluso a la distancia.

Una etapa paradigmática en la ciudad.

La gran década que inició en 1890 presenció el florecimiento de la antigua Ciudad Victoria y el despegue de un diferente orden de cosas. Fueron los años del rompimiento con ese pasado colonial y un largo y cansado periodo decimonónico en donde preponderaba la vida rural en la economía mexicana y las poblaciones eran demasiado débiles para sostener al menos una incipiente actividad de índole citadina propiamente dicha. La casa nació justo en medio de la estratégica transformación en la pulcra confección de una nueva capital para Tamaulipas.

El cambio fue verdaderamente trascendente. Una prosperidad económica en plena efervescencia se tradujo en la expansión física de la ciudad, compaginándose con el crecimiento demográfico paulatino y el *boom* comercial, las innovaciones tecnológicas y la prestación de modernos servicios públicos. Tal fue el caso de la llegada del ferrocarril de Monterrey al Golfo que trajo aparejado un ciclo de adelanto y de evidentes mejoras materiales para la capital tamaulipeca. Victoria se destacó en lo sucesivo como un lugar limpio, de una traza urbana armoniosa y por sus bellos jardines, fértiles huertas y grandes espacios sombreados por sus frondosas arboledas.

En el análisis de las fuentes escritas de aquellos años, se observa una conciencia por producir edificaciones perdurables, de buena calidad constructiva y que a la vez imprimieran una imagen estética acorde al moderno urbanismo que se buscaba lograr en la entonces muy pequeña población tamaulipeca. Al mismo tiempo circulaban atractivas noticias sobre la puesta en obra de algunas residencias modernas y de la presencia de constructoras foráneas y contratistas extranjeros que emprendían sus obras recurriendo a una arquitectura de mayor precisión y tendencias cosmopolitas, que

sustituía la manufactura vernácula tradicional de corte artesanal que había sido prácticamente la tipología empleada en las construcciones victorenses de antaño.

Tal fue el caso de la mansión levantada en pancoupé en plena avenida Colón haciendo cruce con la hermosísima Alameda, costeadada por el enigmático y acaudalado personaje de apellido Bosh y Miraflores o la de la conocida familia de don Pablo Lavín, situada en la calle Hidalgo, entre otras residencias icónicas consideradas francamente propiedades relevantes, que presentaban cierta monumentalidad y en las que se habían utilizado materiales perennes para asegurar su estabilidad y permanencia.

La composición arquitectónica de la casa, que se apreciaba desde el exterior, era relativamente sobria pero a la vez proyectaba elegancia. La gran cornisa superior, de trazo muy sencillo pero evidentemente robusta, sostenía seis almenas dispuestas de manera equidistante, confiriéndole al frontis en su conjunto una línea de sombra profunda a todo el resto del frente del caserón. Los frisos, adarajas, rodapiés y todos los enmarcamientos de los vanos de la planta baja lucían bellas piedras esculpidas rústicamente. Parecía que todos sus elementos decorativos, aunque mostraban una marcada tendencia estilística un tanto ecléctica en la que se combinaban distintas tipologías neoclásicas, daban como resultado integral una absoluta armonía.⁷

Por ejemplo, las cinco ventanas de la planta alta con sus discretos balcones con barandillas de hierro, rematadas por frontones clásicos quebrados, no parecían romper el equilibrio con los nueve vanos de la planta baja, que presentaban arcos carpaneles con dovelas decoradas del mismo almohadillado de piedra. Se trataba de una vivienda muy moderna para la época. Además de contar con una amplísima segunda planta de habitaciones, la adecuada selección de materiales y sistemas constructivos empleados en la edificación

⁷ La lectura estilística de los elementos de la fachada y la descripción del complejo arquitectónico integral que se menciona en el texto, como un argumento de perspectiva histórica, ha sido posible gracias al rescate y restauración del monumento y a la consecuente convivencia de ese patrimonio cultural con nuestro presente.

eran todo un alarde tecnológico del período. El uso de elementos naturales pero igualmente de origen industrial, como la techumbre de lámina de zinc ondulada, sin lugar a duda constituía un producto industrializado y prefabricado ciertamente novedoso.

El hermetismo que presentaba la enorme fachada no permitía imaginar siquiera la clara transparencia y frescor que imperaba al interior de la vivienda a través de un generoso espacio central conocido como “el patio de los arriates”, sembrado con frutales y otra vegetación de flores y ornato.

Por sólo recrear una perspectiva del paisaje interno de la casa que actualmente ha desaparecido por completo, desde esta agradable área abierta se podía distinguir en toda su dimensión la techumbre de altos de la primera crujía, que en un principio mostraba un conjunto de tres artísticos pararrayos dispuestos a todo lo largo de las placas laminadas de metal, instalados estratégicamente al tiempo de la conclusión de la obra.

Estos aparatos especialmente llamativos, que más bien semejaban complicados artefactos de la alquimia medieval, estaban integrados de veletas sujetas a los ejes conductores principales, luciendo un vidrio Ruby Glass y esferas transparentes con dejes de colores pastel violáceo. Las estrellas de bronce que servían como remates en las mismas estructuras, las cuales se alcanzaban a divisar claramente desde el patio central del complejo, parecían marcar a la vista el amplio juego de alturas en el edificio, ofreciendo a la vez, a quien observara con atención, la posibilidad de apreciar la exquisita precisión de su factura y las formas características del estilo de moda del momento, que le imprimía un toque distintivo de Art Nouveau al ambiente impecable de la casa.

Tres grandes lujos hicieron célebre a la residencia a partir de entonces, según concuerdan los especialistas que han estudiado a detalle tanto los sistemas constructivos y acabados como la decoración que lució en el comienzo. En primer lugar refieren sus estupendos pavimentos de piedra gris, de considerable espesor y peso, así como la bella pintura mural al temple de estilo “Trompe L’oeil” que simulaba cornisas y guardapolvos aparentando materiales como el mármol

y el estuco moldeado. Otra de las características definitorias de la residencia fue también su refinado y vanguardista mobiliario que lució en sus años de estreno.

Se contrataron los servicios de una de las mejores fábricas mexicanas pioneras en el ramo para amueblar y decorar las principales habitaciones. El destacado inmigrante de origen alemán Jorge Unna, desde su famosa empresa industrial en el estado de San Luis Potosí, confeccionó para la casa molduras, cortinajes y diversos ajueres de muebles que a partir de 1895 se fueron adquiriendo y empezaron a dar forma y confort a los interiores de la casona. El amueblamiento incluía varios enseres de la famosa firma de Wsetin, Austria, de Jacob y Josef Kohn, compuestos por sofás, poltronas, sillas, mecedoras y mesas⁸, así como también bellos trinchadores, vitrinas, roperos, tocadores y cajoneras, muchos de éstos con cubiertas de mármol de Carrara diseñados y confeccionados en la gran fábrica de Unna.⁹

Sin embargo, lo más característico de la casa, lo que la gente observaba con más interés y de donde tomaba el nombre el edificio, era precisamente el frontón esculpido como remate que se vislumbraba desde la calle, cuyo texto inscrito con limpios caracteres aludía a la firma mercantil fundada en 1881 por sus primeros propietarios.

La carrera empresarial de los hermanos Filizola

De tal forma que ese fastuoso cortejo matrimonial decimonónico podría traducirse en la presentación formal de la casa como símbolo de los frutos y de la continuidad del proyecto empresarial iniciado tres décadas atrás por los hermanos Filizola en México. La hermosa construcción flamante y promisorio del momento podría entenderse como el escenario representativo de la sucesión generacional de esta

⁸ Jorge Unna, además de producir sus propias creaciones como fabricante, también operó como comisionista con otras empresas muebleras de Europa y Estados Unidos.

⁹ Enrique M. González Filizola, "Familia Filizola", en Salvatore Sabella (coord.), *Un sueño realizado*, México, Grabo Print, 2001.

González F., *Una Victoria Perdida*, Relatos de este lado del tablero, *op. cit.*

familia y el signo irrefutable del deseo manifiesto de estos italianos meridionales por asentarse definitivamente en el país. En conclusión, el proyecto de la casa representaba entonces la materialización del éxito consolidado por sus precursores que habían sabido aprovechar al máximo el andamiaje económico que les brindó con libertad el periodo histórico conocido como porfiriato.

Esos años finiseculares significaron un gran dinamismo para la familia y para la propiedad. Este formidable complejo residencial también tenía funciones comerciales, como era la usanza de las casas vinculadas a la actividad mercantil y empresarial de entonces. En su diseño original contaba con una vistosa tienda y una enorme caja fuerte que era prácticamente una mediana habitación por sí sola. Además formaba parte en esta ala oriente de la finca, una bien acondicionada oficina con sólidos escritorios de buenas maderas y amplias bodegas anexas para el almacenaje de diversos productos y mercancías.

Procedentes del sur de Italia, habían llegado siendo poseedores de al menos un par de oficios de corte artesanal, útiles habilidades que seguramente conocieron a la perfección. Estas artes manuales transmitidas de generación en generación en su región natal les ofrecieron la posibilidad de un arranque promisorio que posteriormente llegaron a convertir en verdaderas empresas y fueron la plataforma de la firma comercial con la que empiezan a labrar su fortuna y con la que se distinguieron en la zona noreste de México.

En ese dificultoso y largo proceso de generación de capital, la diversificación de los negocios de esa casa italiana comprendían desde la fundación de un afamado alambique de licores finos iniciado en 1871 y una fábrica de objetos de cobre destinados al uso culinario, hasta la participación como audaces comisionistas y agentes de comercio regional. En un segundo impulso de su trayectoria comercial se convirtieron en fuertes prestamistas, concediendo créditos hipotecarios a los hacendados y comerciantes locales, e incursionaron simultáneamente en grandes cantidades de bonos y acciones mineras, vinculándose tempranamente a la actividad industrial metalúrgica del pujante empresariado regiomontano.

Por último, adquirieron algunas propiedades en México, Italia y Brasil, aplicando su capital en el ramo agroindustrial, logrando constituirse en destacados terratenientes al fundar una próspera hacienda ubicada en Padilla, al margen del río Purificación, en el distrito centro de Tamaulipas.¹⁰

Estando próximos los festejos nacionales del centenario en 1910, Tamaulipas y sus principales centros de población se vincularon con entusiasmo a la política promocional del gran movimiento progresista impulsado en toda la República por el gobierno del presidente Porfirio Díaz. Una de las estrategias primordiales fue la de difundir la jauja económica que se experimentaba en la entidad a través de publicaciones de difusión internacional así como en prestigiosos periódicos nacionales.

Con la intención de retratar la nueva Ciudad Victoria convertida en una hermosa hechura porfiriana, la casa sale a relucir por ejemplo, en la revista *Pan American Magazine*, *Contents for December* (1907), que incluía una sección en inglés y otra en español, siendo que un año más tarde “*El Diario La Patria de México*”, cuyo director y editor era entonces Irineo Paz, publicaba asimismo un amplio reportaje descriptivo sobre la ciudad, donde se incluía una sucinta relación de edificios particulares representativos entre los que resaltaba “como notable” la casa de los Filizola.¹¹

Como estas menciones, ha habido otras tantas referencias literarias o históricas que hablan sobre la propiedad. A lo largo de un siglo podríamos enumerar suficientes testimonios documentales que reflejan lo que las distintas generaciones a través del tiempo han percibido sobre el monumento. Desde el momento mismo en que se erige se despliegan citas que lo mencionan como ningún otro inmueble de carácter particular de su tiempo, entre las que destacan comentarios vertidos por reconocidos historiadores, cronistas y periodistas de la localidad que también lo elogiaron, distinguiéndolo como una de las principales obras de connotación artística e histórica en la entidad.

¹⁰ González F., *Una victoria perdida*, *op. cit.*

¹¹ *Pan American Magazine*. Vol.5, Num. 2. Diciembre 1907.

La casa continuó en posesión de los dueños originales hasta 1973, siendo uno de los capítulos memorables de su historicidad la etapa cuando la familia adecuó para renta las habitaciones que daban frente a la calle Hidalgo, para ser administradas como locales comerciales. Distinguidos doctores y abogados así como algunos célebres comerciantes y peluqueros fueron durante décadas inquilinos de la casa e hicieron época en el apacible ambiente pueblerino de nuestra ciudad. Cuando dejó de ser “la casa de los Filizola” para ser simplemente “la Casa Filizola”, con nuevos propietarios a la cabeza, su actividad cambió convirtiéndose en una popular mueblería victorense que finalmente fue cedida en propiedad al gobierno del estado por los hermanos Medina, dueños a la sazón de la propiedad histórica.

Hasta ahora, solamente se reconocen de forma oficial las declaratorias y catalogación de que ha sido objeto y, por supuesto, su rescate y magnífica rehabilitación. También, de forma tácita, reconocemos la importancia que se le atribuye desde la perspectiva arquitectónica y desde el punto de vista de un apreciable bien artístico e histórico. Sin embargo se ha soslayado un análisis puntual sobre su historicidad, es decir, un buen estudio monográfico sobre la propiedad, así como su valor intrínsecamente inmaterial relacionado con la forma en que se fue compenetrando con la gente, enraizándose en el colectivo victorense.

Y de cómo sucedió que precisamente fuese la sociedad civil, en un hecho inédito, quien reclamara con vigor su rescate a las autoridades del gobierno, evitando lo que parecía su inminente demolición. Esta iniciativa permitió en lo sucesivo dar paso firme a su actual funcionamiento como La Pinacoteca de Tamaulipas. Todo un fenómeno cultural digno de ser señalado en los anales victorenses si consideramos que nuestros antecedentes en esa materia están plagados de episodios de destrucción y pérdida y que ciertamente los capitalinos nos hemos conducido con desamor y apatía en lo concerniente a la conservación de nuestro patrimonio.

Reflexiones finales

La mañana del 5 de junio del 2005 varios periódicos de la localidad daban en primera plana la noticia del terrible incendio que había devorado buena parte de la antigua casa Filizola. Fue noticia periodística y televisiva durante varios días, destacándose un extenso reportaje editado apenas tres días después del siniestro firmado por el conocido intelectual tamaulipeco Carlos Salinas Domínguez. Lo intitulaba “Una tragedia, una catástrofe” y apuntaba con profundo pesimismo –mismo sentimiento que fue compartido por muchos que ahora recordamos lo sucedido durante esos días– que al igual que en las tragedias griegas, era la última parte del poema dramático en la historia de la familia Filizola, con un desenlace especialmente fatal. Remataba sus emotivas reflexiones diciendo que era: “Un final doloroso y triste, (...) y todos los que vivimos en Ciudad Victoria, la gente con arraigo, estamos apesadumbrados por este infausto acontecimiento”.¹²

A pesar de que todo parecía indicar que efectivamente se trataba del acto final en la historicidad de la casa, los hechos dieron un inesperado viraje para otorgarle una prórroga real de vida. Todos los dictámenes emitidos por las autoridades sobre los estragos que había causado el incendio apuntaban las grandes posibilidades que tenía para ser rescatada, diagnosticándola como susceptible de ser intervenida favorablemente.¹³

El siniestro no hizo más que reavivar el interés colectivo por recuperarla, que según se pudo interpretar en los constantes desplegados que la reclamaban públicamente como suya, se le consideraba parte de su máspreciado patrimonio. Las secuelas del incendio permitieron entrever esa esencia intangible, al parecer ese fuerte vínculo sostenido por factores que dependen del espíritu y no de las cosas materiales, que conectaba la piedra lacerada con lo que

¹² Diversos documentos que se conservan en el archivo particular de la familia Filizola.

Carlos F. Salinas Domínguez, “Una tragedia, una catástrofe. El incendio de la casa Filizola”, en *El Mercurio de Ciudad Victoria, Tamaulipas*, 8 de junio de 2005.

¹³ *Ibidem*.

hasta entonces había sido el indolente y apático *Ente Victorense*. El asunto se resolvió convenientemente gracias al binomio compuesto por una buena decisión política y por una presencia fuerte del colectivo victorense.

Dice Enrique Florescano que el patrimonio no es un hecho dado, una entidad existente en sí misma, sino que es una construcción histórica producto de un largo proceso en el que intervienen muchas causas e intereses puestos en juego por parte de las distintas clases que conforman una colectividad.¹⁴

Durante una centuria había sido parte cotidiana del entorno céntrico y del diario vivir victorense. Objeto de elocuentes testimonios y señalamientos que fueron confiriéndole vida propia y que reflejaban el pensamiento y las ideas que inspiraba en su comunidad. La Casa fue cobrando identidad a través del tiempo ligada al nacimiento de la ciudad moderna que conocemos hoy. Paralelamente, con el devenir inalterable de los años se fue gestando una conciencia histórica compartida sobre su importancia como un monumento histórico local. Por todo lo anterior, existe el firme convencimiento de que la casa es apreciada, sin lugar a duda, como un paradigmático patrimonio tangible e intangible, que se ha constituido hoy por hoy como un elemento sólido de la identificación social y del reconocimiento manifiesto de pertenencia entrañable a la comunidad que la vio nacer.

¹⁴ Enrique Florescano, *El Patrimonio Nacional de México*, (2Vol.), FCE, México, 1997.

BIBLIOGRAFÍA

- CERUTTI, Mario. Economía de guerra y poder regional en el siglo XIX. Monterrey, N.L. AGENL. 1983.
- CERUTTI, Mario... et al. Monterrey, Nuevo León, El Noreste. Siete Estudios Históricos. Nuevo León, México. Fac. de Filosofía y Letras, UANL. 1987.
- FLORESCANO, Enrique, El Patrimonio Nacional de México, (2 Vol.), Fondo de Cultura Económica, México, 1997.
- GARCÍA Canclini, Néstor, Diferentes, desiguales y desconectados, GEDISA, España, 2004.
- GONZÁLEZ Filizola, Enrique M., Una victoria perdida, Relatos de este lado del tablero, México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Tamaulipas, 1994.
- LABAKÉ, Julio César, La revolución de la sensatez, Ed. Aguilar.
- MONUMENTOS Históricos de Tamaulipas. Ciudad Victoria, Tam. Instituto Tamaulipeco de Bellas Artes. 1984.
- PAN AMERICAN Magazine. Vol. 5, Num. 2. Diciembre 1907.
- RODRÍGUEZ, Jaime, Invertir para ganar, La presencia de los hermanos Filizola en el noreste de México durante el porfiriato, Ciudad Victoria, Tamaulipas, Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, 2015.
- SABELLA, Salvatore, Un sueño realizado, Monterrey, Nuevo León, México, Grabo Print, 2001.
- S.E.P. Monumentos Históricos Inmuebles. Catálogo Nacional. Sección Tamaulipas. 1986.